

Astrología

Siempre lo misterioso envuelto en interrogantes, ha ejercido sobre el hombre un magnetismo fascinador. El porvenir que, para nosotros es una incógnita, imposible de despejar, ha sido estudiado y según algunos, puede ser despejado. Solo así se explica la boga de que han gozado muchos que se han dedicado a predecir el futuro de los hombres.

La astrología que floreció en el Oriente, sobre todo a las orillas del Nilo y Eufrates, tuvo alternativas de estima y de desprecio. Epocas hubo en que astrólogo era sinónimo de loco. Hoy día a la idea de extravagancia ha suplantado la de picardía y engaño. En el imperio romano no faltaron emperadores como Maximino y Diocleciano que prohibieron la astrología, el *ars-mathematica* y eco de esa política eran los decretos del senado romano y las órdenes de los pretores castigando las prácticas de los caldeos.

No vamos a entretenernos con la historia de los azares de la astrología. Su entrada triunfal en Europa data sobre todo, de la época de los Cruzados. Aquellos guerreros, en contacto frecuente con los astrólogos orientales, trajeron a sus países las fórmulas y predicciones y más que todo, la afición al horóscopo. El horóscopo era un aparato con que observaban el cielo los astrólogos a la hora del nacimiento de una persona para pretender adivinar su porvenir.

Muchos corrían a los astrólogos en sus horas de inquietud y angustia para conocer el signo astral de su nacimiento y las influencias que actuaban sobre ellos. Algunos, al oír su horóscopo, caían en un fatalismo paraliza-

dor. Llegaron los reyes a tener habitualmente entre sus cortesanos, astrólogos. Algunos Papas, como León X y Clemente VII gustaban de sus oráculos. Naturalmente las fórmulas vagas en que envolvían sus predicciones se ajustaban holgadamente a cualquiera que fuese el curso de los acontecimientos. Y nada importaban los fracasos. De ellos resurgían la Astrología como el ave Fénix. A fines del siglo XII, para el mes de Setiembre de 1186, cundió por Europa la noticia del fin del mundo. Durante siete años las peregrinaciones a los astrólogos eran incesantes. Llegó la fecha fatal y el mundo siguió inmovible sobre sus bases.

No fué menor el espanto de Europa hacia el año 1524. Desde su observatorio de Tubinga el astrónomo Stoffer había anunciado un diluvio para el mes de Febrero. Hubo hasta quien construyó una especie de arca de Noé. Pero el fatídico mes pasó sin que apenas cayera una gota. Y a pesar de todo vemos a Catalina de Médicis construir un observatorio cerca de París para el astrólogo Nostradamus y sus célebres centurias con su Almanaque fueron acogidos con un entusiasmo extraordinario. Circulan también en nuestros días para ver en ellas la predicción de esta guerra, de muchos de sus pormenores y de su desenlace!!

También el famoso astrónomo Kepler se enredó en predicciones astro-lógicas y a los que le refutaban sus horóscopos y echaban en cara su ligereza, respondía con unas palabras que muchos de sus secuaces, si no las dicen, las sienten sin duda en su interior: "La Astrología, tan loca como

es, es hija de una madre sabia y la hija loca es necesaria para sostener a su madre pobre". Solo que Kepler era un sabio astrónomo y un científico pobre, mientras que la turba de astrólogos y astrólogas (que también las hay) son unos pobres charlatanes y unos vivos explotadores de la ajena credulidad.

Poco hay de científico en lo que estrictamente llamamos astrología o sea la observación de los astros para la predicción de los sucesos humanos, pero la falta de base científica queda más que compensada por la credulidad del cliente y la pingüe cosecha comercial del astrólogo.

Porque tratando de *levantar el horóscopo* de un hombre comienzan las discusiones sobre el momento crítico que indicará la suerte decisiva. ¿Será el momento del nacimiento? Las decepciones y fracasos sufridos consideraron ese momento poco eficaz y muy arriesgado. Acudieron entonces a considerar como más oportuno el momento de la concepción. Artificio magnífico para esquivar toda responsabilidad pues aquí podríamos repetir aquellos versos del poeta:

El mentir de las estrellas
Es un muy bello mentir
Porque nadie ha de ir
A preguntárselo a ellas.

Pero en el fondo de esta cuestión va entrañado un problema muy serio. Si los hechos de los hombres están tan férreamente encadenados a la influencia de los astros de manera que por el horóscopo puede predecirse con certe-

za su futuro, difícil es compaginar la libertad humana con esa teoría. Caemos necesariamente en el fatalismo.

La razón humana, encariñada a veces con el error, ha querido esquivar ese riesgo afirmado "que los astros inclinan al hombre a determinada conducta pero no lo arrastran". Afirmación superficial que no resuelve el nudo y que en su fondo echa por tierra los cimientos de la astrología. Porque si entre el horóscopo y el futuro del hombre no hay ese vínculo estrecho que debe existir entre la causa y el efecto, el valor del horóscopo podrá ser el de la posibilidad, tal vez el de la probabilidad, pero nunca el de la certeza. Raciocinio que el genio de Raimundo Lulio expresó gráficamente en aquellas palabras: "Hereje es quien tiene más temor de *Geminis* y *Cáncer* que de Dios".

Florecimiento de la astrología es indicio de pobreza de ciencia y pobreza de fe "Teóricamente; dice Poedt, las concepciones astrológicas son quiméricas y las deducciones sacadas de las relaciones entre los movimientos de los planetas y el tema del nacimiento, son frívolas".

Muy bellamente expresó lo que el cristiano y el científico deben sentir de astrólogos y horóscopos el fabulista Lafontaine:

"En cuanto a la voluntad divina
De Aquel que todo lo hace sublime
¿Quién podrá juzgarla adecuadamente?
Las estrellas no llevan escrito en su
(frente
Lo que con sus velos encubre la noche
(de los tiempos)".